

CAPÍTULO XXII.

EL ENTENDIMIENTO PRACTICO.

§ I.

Una clasificacion de acciones.

Los actos prácticos del entendimiento son los que nos dirigen para obrar: lo que envuelve dos cuestiones: cuál es el fin que nos proponemos, y cuál es el mejor medio para alcanzarle.

Nuestras acciones pueden ejercerse, ó sobre los objetos que nos ofrece la naturaleza sometidos á la ley de necesidad, y aquí se comprenden todas las artes; ó sobre lo que cae bajo el libre albedrio, y esto comprende el arreglo de nuestra conducta con respecto á nosotros mismos y á los demas; abarcando la moral, la urbanidad, la administracion doméstica y la política.

Lo dicho hasta aquí sobre el modo de pensar en todas materias, me ahorra el trabajo de estenderme sobre estos puntos, porque quien se haya penetrado de las reglas y observaciones precedentes, no ignorará cómo debe proponerse un fin, ni cómo ha de encontrar los medios mas adaptados para alcanzarle. No obstante, creo que no será inútil añadir algunas reflexiones que sin salir de los limites fijados por el género de esta obra, suministren luz para guiarse cada cual en sus diferentes operaciones.

§ II.

Dificultad de proponerse el debido fin.

No hablo aquí del fin último: este es la felicidad en la otra vida, y á él nos conduce la religion. Trato únicamente

de los secundarios, como alcanzar la conveniente posicion en la sociedad, llevar á buen término un negocio, salir airosamente de una situacion difícil, grangearse la amistad de una persona, guardarse de los tiros de un adversario, deshacer una intriga que nos amenaza, construir un artefacto que acredite, plantear un sistema de política, de hacienda ó administracion, derribar alguna institucion que se crea dañosa, y otras cosas semejantes.

A primera vista parece que siempre que el hombre obra, debe de tener presente el fin que se propone, y no como quiera, sino de un modo bien claro, determinado, fijo. Sin embargo, la observacion enseña que no es así; y que son muchos, muchísimos, aun entre los activos y enérgicos, los que andan poco menos que al acaso.

Sucede mil veces que atribuimos á los hombres mas plan del que han tenido. En viéndolos ocupar posicion muy elevada, sea por su reputacion, sea por las funciones que ejercen, nos inclinamos naturalmente á suponerles en todo un objeto fijo, con premeditacion detenida, con vasta combinacion en los designios, con larga prevision de los obstáculos, con sagaz conocimiento de la verdadera naturaleza, del fin y de sus relaciones con los medios que á él conduzcan. Oh! y cuánto engaño! El hombre en todas las condiciones sociales, en todas las circunstancias de la vida, es siempre hombre, es decir, una cosa muy pequeña. Poco conocedor de sí mismo, sin formarse por lo comun ideas bastante claras, ni de la cualidad ni del alcance de sus fuerzas, creyéndose á veces mas poderoso, á veces mas débil de lo que es en realidad, encuéntrase con mucha frecuencia dudoso, perplejo, sin saber ni á donde va ni á donde ha de ir. Ade-

mas, para él es á menudo un misterio qué es lo que le conviene; por manera que las dudas sobre sus fuerzas se aumentan con las dudas sobre su interes propio.

§ III.

Exámen del proverbio: Cada cual es hijo de sus obras.

No es verdad lo que suele decirse, de que el interes particular sea una guía segura, y que con respecto á él, raras veces el hombre se equivoque. En esto como en todo lo demas andamos inciertos; y en prueba de ello tenemos la triste esperiencia de que tantas y tantas veces nos labramos nuestro infortunio.

Lo que sí no admite duda es que asi por lo tocante á la dicha como á la desgracia, se verifica el proverbio de que el hombre es hijo de sus obras. En el mundo fisico como en el moral, la casualidad no significa nada. Es cierto que en la inestabilidad de las cosas humanas, ocurren con frecuencia sucesos imprevistos que desbaratan los planes mejor concertados, que no dejan recoger el fruto de atinadas combinaciones y pesadas fatigas, y que por el contrario favorecen á otros que atendido lo que habian puesto de su parte, estaban lejos de merecerlo; pero tampoco cabe duda en que esto no es tan comun como vulgarmente se dice y se cree. El trato de la sociedad, acompañado de la conveniente observacion, rectifica muchos juicios que se habian formado ligeramente sobre las causas de la buena ó mala fortuna que cabe á diferentes personas.

¿Qué desgraciado hay, que lo sea por su culpa, si nos atenemos á lo que nos dice él? ninguno, ó casi ninguno. Y no obstante, si nos es dable conocer á fondo su indole, su

carácter, sus costumbres, su modo de ver las cosas, su sistema en el manejo de los negocios, su trato, su conversacion, sus modales, sus relaciones de amistad ó de familia, raro será que no descubramos muchas de las causas, si no todas, de las que contribuyeron á hacerle infeliz.

Las equívocaciones sobre esta materia suelen nacer de que se fija la atencion en un solo suceso que ha decidido de la suerte de la persona, sin reflexionar que aquel suceso ó estaba ya preparado por muchos otros, ó que solo ha podido tener tan funesta influencia á causa de la situacion particular en que se hallaba la persona, por sus errores, defectos ó faltas.

La suerte próspera ó adversa, rarísima vez depende de una causa sola; compléanse por lo comun varias, y de orden muy diverso; pero como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicacion, se señala como causa principal ó única, lo que quizás no es otra cosa que un suceso determinante, ó una simple ocasion.

§ IV.

El aborrecido.

¿Veis á ese hombre á quien miran con desvío ó indiferencia sus antiguos amigos, á quien profesan odio sus allegados, y que no encuentra en la sociedad quien se interese por él? Si ois la esplicacion con que él señala las causas, estas no son otras que la injusticia de los hombres, la envidia que no puede sufrir el resplandor del mérito ajeno, el egoismo universal que no consiente el menor sacrificio ni aun á los que mas obligacion tenian de hacerle, por paren-

tesco, por amistad, por gratitud: en una palabra, el infeliz es una víctima contra quien se ha conjurado el humano linage, obstinado en no reconocer el alto mérito, las virtudes, la bella indole del infortunado. ¿Qué habrá de verdad en la relacion? Quizás no será difícil descubrirlo en la misma apologia; quizás no sea difícil notar la vanidad insufrible, el carácter áspero, la petulancia, la maledicencia que le habrán atraído el odio de los unos, el desvío de los otros, y que habrán acabado por dejarle en el aislamiento de que injustamente se lamenta.

§ V.

El arruinado.

¿Habeis oído á ese otro á quien la escesiva bondad propia, ó la infidelidad de un amigo, ó una desgracia imprevista han arruinado la fortuna, echándole á perder combinaciones sumamente acertadas, proyectos llenos de prevision y sagacidad? Pues si alcanzais á procuraros noticias sobre su conducta, no será extraño que descubrais las verdaderas causas, por cierto muy distantes de lo que él se imagina.

En efecto, podrá suceder muy bien que haya mediado la infidelidad de un amigo, que haya ocurrido la desgracia imprevista; podrá ser mucha verdad que su corazón sea escesivamente bueno, es decir, que será muy posible que en su relacion no haya mentido; pero no será extraño que en esa misma relacion se os presenten de bulto las causas de su desgracia; que en su concepcion tan superficial como rápida, en su juicio estremadamente ligero, en su discurrir especioso y sofisticado, en su prurito de proyectar á la aventura, en la escesiva confianza de sí mismo, en el menospre-

cio de las observaciones ajenas, en la precipitacion y osadía de su proceder, halleis mas que suficiente causa para haberse arruinado sin la bondad de su corazón, sin la infidelidad del amigo, sin la desgracia imprevista. Esta desgracia, lejos de ser puramente casual, habrá dependido quizás de un orden de causas que estaban obrando hace largo tiempo; y la infidelidad del amigo no hubiera sido difícil preverla, y evitar sus tristes consecuencias, si el interesado hubiese procedido con mas tiento en depositar su confianza, ó en observar el uso que se hacia de ella.

§ VI.

El instruido quebrado y el ignorante rico.

¿Cómo es posible que ese hombre tan despejado, tan penetrante, tan instruido, no haya podido mejorar su fortuna ó haya perdido la que tenia, cuando ese otro tan encogido, tan torpe, tan rudo, ha hecho inconcebibles progresos en la suya? ¿No debe esto atribuirse á la casualidad, á fatalidades, á mala estrella? Así se habla muchas veces, sin reflexionar que se confunden lastimosamente las ideas, y se quiere enlazar con íntima dependencia causas y efectos que no tienen ninguna relacion entre sí.

Es verdad que el uno es despejado y el otro encogido, que el uno parece penetrante y el otro torpe: que el uno es instruido y el otro rudo; pero ¿de qué sirve ni ese despejo ni esa aparente penetración, ni esa instruccion para el efecto de que se trata? Es cierto que si se ofrece figurar en sociedad, el primero se presentará con mas garbo y soltura que el segundo: que si es necesario sostener una conversacion, aquel brillará mucho mas que este: que su palabra será

mas fácil, sus ideas mas variadas, sus observaciones mas picantes, sus réplicas mas prontas y agudas; que el rico en cuestion no entenderá quizás una palabra del mérito de tal ó cual novela, de tal ó cual drama; que conocerá poco la historia, y se quedará estupefacto al oír al comerciante quebrado esplicarse como un portentoso de erudicion y de saber. Es cierto que no sabrá tanto de política, ni de administracion, ni de hacienda, que no poseerá tantos idiomas; pero se trataba por ventura de nada de eso cuando se ofrecia dar buena direccion á los negocios? No ciertamente. Cuando pues se pondera el mérito del uno, y se manifiesta estrañeza porque la suerte no le ha sido favorable, se pasa de un órden á otro muy diferente, se quiere que ciertos efectos procedan de causas con las que nada tienen que ver.

Observad atentamente á estos dos hombres tan desiguales en su fortuna, reflexionad sobre las cualidades de ambos, ved sobre todo si podéis hacer la esperiencia en vista de un negocio que incumba á los dos; y no os será difícil inferir que así la prosperidad del uno como la ruina del otro nacen de causas sumamente naturales.

El uno habla, escribe, proyecta, calcula, da mil vueltas á los objetos, todo lo prueba, á todo contesta, se hace cargo de mil ventajas, inconvenientes, esperanzas, peligros, en una palabra, agota la materia, nada deja en ella ni que decir ni que pensar. ¿Y qué hace el otro? ¿Es capaz de sostener la disputa con su adversario? No. ¿Deshace todos los cálculos que el primero acaba de amontonar? No. ¿Satisface á todas las dificultades con que su dictámen se ve combatido por el contrincante? No. En pro de su opinion ¿aduce tanta copia de razones como su adversario? No. Para lo-

grar el objeto ¿presenta proyectos tan varios é ingeniosos? No. ¿Qué hace pues el malaventurado ignorante combatido, hostigado, acosado por su temible antagonista?

—¿Qué me contesta V. á esto? dice el hombre de los proyectos y del saber.

—Nada; pero ¿qué sé yo?....

—Mas, ¿no encuentra V. concluyentes mis razones?

—No del todo.

—Veamos: ¿tiene V. algo que oponer á ese cálculo? Es cuestion de números; aquí no hay mas.

—Ya se ve: lo que es en el papel, sale bien; la dificultad que yo tengo es que en la práctica suceda la mismo. Cuenta V. con muchas partidas, de que no estoy bien seguro; estoy tan escarmentado....

—¿Pero duda V. de los datos que se nos han proporcionado? ¿Que interes habrá habido en engañarnos? Si hay pérdida, no seremos solos nosotros, y participarán de ella los que nos suministran las noticias. Son personas entendidas, honradas, versadas en negocios; y ademas tienen interes en ello, ¿qué mas se quiere? ¿Qué motivo hay de duda?

—Yo no dudo de nada; yo creo lo que V. dice de esos señores; pero ¿qué quiere V.? el negocio no me gusta. Ademas, hay tantas eventualidades que V. no lleva en cuenta....

—¿Pero qué eventualidades, señor? Si nos atenemos á un simple *puede ser*, nada llevaremos adelante; todos los negocios tienen sus riesgos; pero repito que aquí no alcanzo á ver ninguno con visos de probabilidad.

—V. lo entiende mas que yo, dice el rudo, encogiéndose de hombros; y luego meneando cuerdamente la cabeza, añade: No, señor; repito que el negocio no me gusta: yo

por mi parte no entro en él. V. se empeña en que ha de ser tan provechosa la especulación; enhorabuena; allá veremos. Yo no aventuro mis fondos.

La victoria en la discusión queda sin duda por el proyectista; pero ¿quién acierta? La experiencia lo dirá. El rico al parecer tan torpe, tiene la mirada menos vivaz que su antagonista; pero en cambio ve mas claro, mas hondo, de un modo mas seguro, mas perspicaz, mas certero. No puede, es verdad; oponer datos á datos, reflexiones á reflexiones, cálculos á cálculos; pero el discernimiento, el tacto que le caracteriza, desenvuelto por la observación y por la experiencia, le está diciendo con toda certeza, que muchos datos son imaginarios, que el cálculo es inexacto, que no se llevan en cuenta muchas eventualidades desgraciadas, no solo posibles, sino muy probables; su ojeada perspicaz ha descubierto indicios de mala fe en algunos que intervienen en el negocio, su memoria bien provista de noticias sobre el comportamiento en otros asuntos anteriores, le guía para apreciar en su justo valor la inteligencia y la probidad que tanto le ponderaba el proyectista.

¿Qué le importa el no ver tanto, si ve mejor, con mas claridad, distinción y exactitud? ¿Qué le importa el carecer de esa facilidad de pensar y hablar, muy á propósito para lucirse, pero muy estéril en buen resultado, como inconducente para el objeto de que se trata?

§ VII.

Observaciones. La cavilación y el buen sentido.

La vivacidad no es la penetración: la abundancia de ideas no siempre lleva consigo la claridad y exactitud del pensa-

miento; la prontitud del juicio suele ser sospechosa de error; una larga serie de raciocinios demasiado ingeniosos, suele adolecer de sofismas, que rompen el hilo de la ilación, y estravian al que se fia en ellos.

No siempre es fácil tarea el señalar á punto fijo esos defectos, mayormente cuando el que los padece es un hablador facundo y brillante que desenvuelve sus ideas en un raudal de hermosas palabras. La razón humana es de suyo tan cavilosa, poseen ciertos hombres cualidades tan á propósito para deslumbrar, para presentar los objetos bajo el punto de vista que les conviene ó los preocupa, que no es raro ver á la experiencia, al buen juicio, al tacto, no poder contestar á una nube de argumentos especiosos otra cosa que: "esto no irá bien; estos raciocinios no son concluyentes; aquí hay ilusión; el tiempo lo manifestará."

Y es que hay cosas que mas bien se sienten que no se conocen; las hay que se ven, pero no se prueban; porque hay relaciones delicadas, hay minuciosidades casi imperceptibles, que no es posible demostrar con el discurso á quien no las descubre á la primera ojeada; hay puntos de vista sumamente fugaces que en vano se buscan por quien no ha sabido colocarse en ellos en el momento oportuno.

§ VIII.

Delicadeza de ciertos fenómenos intelectuales en sus relaciones con la práctica.

En el ejercicio de la inteligencia y demás facultades del hombre hay muchos fenómenos que no se espresan con ninguna palabra, con ninguna frase, con ningún discurso; para comprender al que los experimenta, es necesario experimentarlos también; y á veces es tan perdido el tiempo

que se emplea para darse á entender, como si un hombre con vista quisiese á fuerza de esplicacion, dar idea de los colores á un ciego de nacimiento.

Esta delicadeza de fenómenos abunda en todos los actos de nuestra inteligencia; pero se nota de una manera particular en lo que tiene relacion con la práctica. Entonces no puede abandonarse el espíritu á vanas abstracciones, no puede formarse sistemas fantásticos, puramente convencionales; preciso es que tome las cosas, no como él las imagina ó desea, sino como son; de lo contrario, cuando haga el tránsito de la idea á los objetos, se encontrará en desacuerdo con la realidad, y verá desconcertados todos sus planes.

Añádase á esto que en tratándose de la práctica, sobre todo en las relaciones de unos hombres con otros, no obra solo el entendimiento, sino que se desenvuelen simultáneamente las demas facultades. No hay tan solo la comunicacion de entendimiento con entendimiento, sino de corazon con corazon; no hay la sola influencia reciproca de las ideas, hay tambien la de los sentimientos.

§ IX

Los despropósitos.

El que está mas ventajosamente dotado en las facultades del alma, si se encuentra con otros que ó carezcan de alguna de ellas, ó las posean en grado inferior, se halla en el mismo caso que quien tiene completos los sentidos con respecto al que está privado de alguno.

Si se recuerdan estas observaciones, se ahorrarán mucho tiempo y trabajo, y aun disgustos en el trato de los hom-

bres. Risa causa á veces el observar cómo forcejean inútilmente ciertas personas para apartar á otras de un juicio errado, ó hacerles comprender alguna verdad. Oyese quizás en la conversacion un solemne desatino dicho con la mayor serenidad y buena fe del mundo. Está presente una persona de buen sentido, y se escandaliza, y replica, y aguza su discurso, y esfuerza mil argumentos para hacer comprender la sinrazon al desatinado. Y este no obstante no se convence, y permanece tan satisfecho, tan contento; todas las reflexiones de su adversario no hacen mella en su ánimo impasible. Y esto ¿por qué? ¿Le faltaban noticias? no. Lo que le falta en aquel punto es sentido comun. Su disposicion natural ó sus hábitos, le han formado asi; y el que se empeña en convencerle debiera reflexionar que quien ha sido capaz de verter un desatino tan completo, no es muy á propósito para comprender la fuerza de la impugnacion.

§ X.

Entendimientos torcidos.

Hay ciertos entendimientos que parecen naturalmente defectuosos, pues tienen la desgracia de verlo todo bajo un punto de vista falso ó inexacto. En tal caso no hay locura, ni monomanía; la razon no puede decirse trastornada, y el buen sentido no considera á dichos hombres como faltos de juicio. Suelen distinguirse por una insufrible locuacidad, efecto de la rapidez de percepcion, y de la facilidad de hilvanar raiocinios. Apenas juzgan de nada con acierto; y si alguna vez entran en el buen camino, bien pronto se apartan de él arrastrados por sus propios discursos. Sucede con frecuencia ver en sus razonamientos una hermosa

perspectiva que ellos toman por un verdadero y sólido edificio; el secreto está en que han dado por incontestable un hecho incierto ó dudoso, ó inexacto ó enteramente falso; ó han asentado como principio de eterna verdad una proposición gratuita, ó tomado por realidad una hipótesis; y así han levantado un castillo que no tiene otro defecto que estar en el aire. Impetuosos, precipitados, no haciendo caso de las reflexiones de cuantos los oyen, sin mas guía que su torcida razón, llevados por su prurito de discurrir y hablar, arrastrados por decirlo así, en la turbia corriente de sus propias ideas y palabras, se olvidan completamente del punto de partida, no advirtiendo que todo cuanto edifican es puramente fantástico, por carecer de cimiento.

§ XI.

Inhabilidad de dichos hombres para los negocios.

No hay peores hombres para los negocios; desgraciado el asunto en que ellos ponen la mano; y desgraciados muchas veces ellos mismos, si en sus cosas se hallan abandonados á su propia y esclusiva dirección. Las principales dotes de un buen entendimiento práctico son la madurez del juicio, el buen sentido, el tacto, y estas cualidades les faltan á ellos. Cuando se trata de llegar á la realidad es preciso no fijarse solo en las ideas, sino pensar en los objetos; y esos hombres se olvidan casi siempre de los objetos y solo se ocupan de sus ideas. En la práctica es necesario pensar, no en lo que las cosas debieran ó pudieran ser, sino en lo que son; y ellos suelen pararse menos en lo que son que en lo que pudieran ó debieran ser.

Quando un hombre de entendimiento claro y de juicio recto se encuentra tratando un asunto con uno que adolezca de los defectos que acabo de describir, se halla en la mayor perplejidad. Lo que aquel ve claro, este lo encuentra oscuro; lo que el primero consideraba fuera de duda, el segundo lo mira como muy disputable. El juicioso plantea la cuestión de un modo que le parece muy natural y sencillo, el caviloso la mira de una manera diferente; diríase que son dos hombres de los cuales el uno padece una especie de estrabismo intelectual que desconcierta y confunde al que ve y mira bien.

§ XII.

Este defecto intelectual suele nacer de una causa moral.

Reflexionando sobre la causa de semejantes aberraciones, no es difícil advertir que el origen está mas bien en el corazón que en la cabeza. Estos hombres suelen ser estremadamente vanos; un amor propio mal entendido les inspira el deseo de singularizarse en todo; y al fin llegan á contraer un hábito de apartarse de lo que piensan y dicen los demás, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido común.

La prueba de que entregados con naturalidad á su propio entendimiento no verían tan erradamente los objetos, y de que el caer en ridículas aberraciones procede mas bien de un deseo de singularizarse convertido en hábito, está en que suelen distinguirse por un espíritu de constante oposición. Si el defecto estuviese en la cabeza, no habría ninguna razón para que en casi todas las cuestiones ellos sostuvieran el *nó* cuando los demás sostienen el *si*, y ellos estuviesen por el *si* cuando los otros están por el *nó*; siendo de notar que

á veces hay un medio seguro para llevarlos á la verdad, y es el sostener el error.

Convengo en que á menudo ellos no advierten lo mismo que hacen; que no tienen una conciencia bien clara de esa inspiracion de la vanidad que los dirige y sojuzga; mas por esto la funesta inspiracion no deja de existir; no deja de ser remediable si hay quien se lo avise, mayormente si la edad, la posicion social y las lisonjas no han llevado el mal hasta el último estremo. Y no es raro que se presenten ocasiones favorables para amonestar con algun fruto; porque esos hombres con su imprudencia, suelen atraer sobre sí amargos disgustos, cuando no grandes desgracias; y entonces, abatidos por la adversidad, y enseñados por experiencia dolorosa, suelen tener lúcidos intervalos de que puede aprovecharse un amigo sincero para hacerles oír los consejos de una razon juiciosa.

Por lo demas, cuando una realidad cruel no ha venido todavía á desengañarlos, cuando en sus accesos de sinrazon se entregan sin medida á la vanidad de sus proyectos, no suele haber otro medio para resistirles que callar, y con los brazos cruzados, y meneando la cabeza, sufrir con estóica impassibilidad la impetuosa avenida de sus proposiciones aventuradas, de sus racionamientos incoherentes, de sus planes descabellados.

Y por cierto que esa impassibilidad no deja de producir de vez en cuando saludables efectos: porque el deseo de disputar cesa cuando no hay quien replique; no cabe oposicion cuando nadie sostiene nada; no hay defensa cuando nadie ataca. Así no es raro ver á esos hombres volver en sí á poco rato de abrumar con su locuacidad á quien no les

contesta; y amonestados por la elocuencia del silencio, escusarse de su molesta petulancia. Son almas inquietas y ardientes que viven de contradecir, y que á su vez necesitan contradiccion: cuando no la hay, cesa la pugna; y si se empeñan en emprenderla, bien pronto se fastidian cuando notan que lejos de habérselas con un enemigo resuelto á pelear, se ceban en quien se ha entregado como victima en las aras de una verbosidad importuna.

§ XIII.

La humildad cristiana en sus relaciones con los negocios mundanos.

La humildad cristiana es virtud que nos hace conocer el limite de nuestras fuerzas, que nos revela nuestros propios defectos, que no nos permite exagerar nuestro mérito, ni ensalzarnos sobre los demas, que no nos consiente despreciar á nadie, que nos inclina á aprovecharnos del consejo y ejemplo de todos, aun de los inferiores, que nos hacen mirar como frivolidades indignas de un espiritu serio el andar en busca de aplausos, el saborearse en el humo de la lisonja; que no nos deja creer jamás que hemos llegado á la cumbre de la perfeccion en ningun sentido, ni cegarnos hasta el punto de no ver lo mucho que nos queda por adelantar, y la ventaja que nos llevan otros; esa virtud, que bien entendida es la verdad, pero la verdad aplicada al conocimiento de lo que somos, de nuestras relaciones con Dios y con los hombres; la verdad guiando nuestra conducta para que no nos estravien las exageraciones del amor propio; esa virtud, repito, es de suma utilidad en todo cuanto concierne á la práctica, aun en las cosas puramente mundanas.